

NATALIA FIGUEROA

Fiesta para Joan Crawford



cido ya muchos países... ¡Píjense, qué bonita oportunidad para mí!

Nos contó la historia de los cuatro hijos adoptivos. Nos dio los nombres de las tres películas que hará la Crawford en Hollywood, de aquí al mes de agosto. «En América se hace cine tan de prisa como se vive», había dicho Joan a los periodistas en el aeropuerto de Barajas, dos días antes.

Llegó Luis Miguel a la mesa de la actriz, se sentó a su lado y empezaron a hablar largo y tendido. Detalle: Joan bebió, naturalmente, Pepsi-Cola, durante toda la noche, pero la bebió en botella, para que se viese bien claro la marca de la bebida en la televisión, en el No-Do y en las fotografías... Sí, señor, esto se llama inteligencia y lïsteza. ¿No ha venido como consejera de la marca? Pues a hacer propaganda, con gracia y con encanto, que no es tan fácil. Hasta a Luis Miguel y a Gitanillo de Triana les hizo beber en botellas ante las cámaras de la TV. Luego se rieron los tres juntos y brindaron.

La doncella —muy dulce, muy quietecita, muy «de película»— lo observaba todo con ojos asombrados. «¡Qué bien lo estoy pasando! —nos decía—. ¡Qué contenta estoy!» Joan volvía continuamente la cabeza para mirarla, y sonreía.

Nos ha parecido Joan Crawford una gran señora,

llena de clase, de estilo y de personalidad. Afable, sencilla, natural. Ni un gesto de cansancio, ni una mala cara para fotógrafos y periodistas. Al contrario: para todos tuvo una palabra o una sonrisa.

Teatro-estudio

Madrid cuenta desde ahora con una nueva escuela de Arte Dramático: el Teatro-Estudio. Son sus profesores Miguel Narros y William Layton, procedentes del American Theatre Wing de Nueva York. El motivo fundamental de esta escuela es fomentar en la nueva generación de actores una afición y un entendimiento más completos del arte interpretativo. En las hojas circulares de propaganda, podemos leer: «El Teatro Estudio de Madrid se dedicará en un principio a atraer gente joven de todas las ramas sociales, que deseen una formación profesional para la escena, descubriendo su talento, desarrollándolo y otorgándole la técnica necesaria, ya que el teatro es una profesión, y como tal debe ser estudiada a fin de obtener el máximo rendimiento.»

Esta Escuela de Arte Dramático se creó en 1960, de octubre a mayo, como curso de prueba. Las clases tenían lugar en los altos del teatro Calderón

En «El Soto» hubo, naturalmente, joerga flamenca, toros, vino y muchas mujeres bonitas

ESTUVE en la fiesta campera que el señor Kendall —presidente de Pepsi-Cola, de Nueva York— y el señor Alonso de Celis organizaron para Joan Crawford en la finca «El Soto», a cuarenta kilómetros de Madrid, cerca de Miraflores de la Sierra.

Toreó Luis Miguel. Toreó Gitanillo de Triana. «No» toreó Victoriano Valencia, que estaba, muy contento y con gafas de sol, en una barrera de la pequeña plaza. La Crawford aplaudía constantemente y se tapaba los ojos con un abanico —¿cómo se abalanzaban, en ese momento, los fotógrafos!— cada vez que la vaquilla revolcaba por el suelo a algún «espontáneo» —gentes de la finca, periodistas, «baillores» de Pastora Imperio...— o cada vez que el caballo se acercaba para que el animal tomase la pica.

Toda la Sierra al fondo, y nubes bajas, y el sol saliendo y escondiéndose, jugando, también, al toro...

Joan Crawford llegó a Madrid —por primera vez en su vida— no como actriz de cine, sino como consejera de la Pepsi-Cola Company, cargo que aceptó al morir su marido, Alfred Steele, vicepresidente de dicha compañía.

Sentada con Lucía Bosé, preguntaba mil y mil cosas acerca del toro, cosas que la señora de Dominguín le explicaba con toda clase de detalles.

Llevaba la gran actriz un traje rosa, de cuadritos, y zapatos «gildas», con grueso tacón y cintas atadas al tobillo. «Siempre los lleva así», dijo alguien a mi lado. Su pelo era de color rojo. Apenas maquillada —polvos muy blancos, ¿por qué?—, su cara estaba llena de pecas. Nos gustaron mucho, muchísimo, sus ojos azules. Unos ojos suaves, de expresión bondadosa, que contrastan con sus rasgos duros y marcados, llenos de personalidad.

Creo que Joan Crawford icabó un poco harta de toros... ¿Se aburrió? La verdad es que parecía muy contenta cuando dieron por terminada la capea.

Sirvieron la cena en un cuarto grande donde habían dispuesto muchas mesas pequeñas con velas encendidas, y tuvimos la suerte de sentarnos en la mesa vecina a la de la actriz. Vimos entonces cerca de nosotros y soía, a una mujer mayor que no hablaba con nadie. Era la doncella de Joan Crawford. «Mi doncella personal», nos dijo, llena de orgullo. Y añadió: «La adoro.» Lo que sí puedo asegurarles a ustedes es que la actriz estuvo toda la noche pendiente de su «doncella personal». Pendiente de que nada le faltase, de que comiese bien, de que no tuviese frío —había una ventana abierta a su espalda—, de que viese perfectamente el flamenco...

—La adoro —nos repitió—. ¡Es tan buena, tan buena!... Y estoy encantada, porque con esto de la Pepsi-Cola no paramos de hacer viajes. He cono-



y luego en el Círculo Medina, cedido por la Sección Femenina. Los alumnos reciben ahora ocho horas de clase semanales. Cuatro de improvisación, con Layton. Y otras cuatro de prácticas escénicas, con Narros. Ambos profesores emplean métodos distintos. Layton tiende, mediante ejercicios, a dejar el subconsciente del actor en libertad de reaccionar y de aprovechar cualquier provocación venida desde fuera, en beneficio del personaje que crea. Miguel Narros hace que sus alumnos estudien el personaje a fondo en todos sus aspectos, así como la obra de la que se ha marcado la escena que ha de servir para el ejercicio. De este modo provoca una emoción auténtica en el actor, desde dentro hacia fuera, haciendo que adquiera gran sinceridad todo cuanto se hace y se dice.

El Padre Félix García bendijo el nuevo local de Teatro-Estudio de Madrid. Es un piso ático de la calle del Barquillo, al que se llega... sin ascensor. Pero este detalle «hace bohemio».

—¡Qué exagerados sois! —decía Miguel Narros en la puerta—. Sólo son cuatro pisos...

La inauguración no pudo ser más brillante. El «todo Madrid» de la sociedad, de las artes, de las letras. Estaban la duquesa de Andria, los señores de Buckley, de Gómez Acebo, de Fernández Villaverde... Estaban Conchita Montes, Susana Cam-



Luis Miguel estuvo en la fiesta. Y hasta llevó una vaquilla en honor de Joan

pos, Antonio Buero Vallejo —al que todos piden que escriba y estrene con más frecuencia—, Pastor Serrador, Julieta Serrano —alumna, por cierto, de esta escuela—, Bartolomé March, la señora de Cañedo, los pintores Fernando Mignoni y Granados, Alberto Lorca Duarte, Pinto Coelho, la bailarina Carmen Mora, Carlos Muñoz, Angel Laborda, Carlos Saura...

Nuria Torray llegó con Jorge Piestas. El Padre Félix charlaba con Luis María Anón y Raúl Valdivielso —joven escultor chileno que ha venido para quedarse entre nosotros—, hablaba entusiasmado del estudio que acaba de tomar en la plaza de Oriente —¡nada menos!—, frente al Palacio Real. Cosas así no se encuentran todos los días.

Sofía Morales pedía a cada famoso:

—¡Anda, cuéntame algo...!

Y muy pocos contaban... ¡Qué difícil ese «decir algo», que parece tan fácil!

Estaba también Carlos Estrada, el actor argentino recién galardonado con el premio de interpretación de su país. Todos le felicitaban. ¡Cuántas veces dijo «gracias» al cabo de la noche?

El nuevo local del Teatro Estudio es un piso estupendo, con grandes terrazas y mucha luz, decorado con gracia, sencillez y buen gusto. Cortinas claras, vigas descubiertas en el techo, paredes tapizadas, cuadros modernos.

Hay en esta Escuela de Arte dos secciones: una para profesionales y otra para los que empiezan. Los actores pueden dar también clases de «mimo» y de gimnasia. Y les diré —alguien habrá a quien interese saberlo— que sólo pagan trescientas pesetas mensuales.

—En el curso próximo —me contaba Miguel Narros— ampliaremos los estudios. Habrá clases de literatura y de historia del teatro. ¡Ah, y de maquillaje! Organizaremos conferencias cada poco tiempo, que pronunciarán actores, autores y directores de primerísima fila.

Cayetana y los perros abandonados

Bonita anécdota la que voy a contarles, y una más para descubrir la gran personalidad y la riqueza humana de la duquesa de Alba.

Estuve con ella —y con Lola Flores y Paquita Rico— el Día de la Lucha contra el Cáncer, en la mesa situada junto al Hotel Plaza, de la que Cayetana era presidenta. No cesó de levantarse durante toda la mañana para poner ella misma banderitas a las personas que se acercaban a dar un donativo. De pronto vimos un pobre perro huido, muy sucio, muy flaco, que iba de un lado a otro y al que la gente empujaba al andar. Caye-

tana estaba angustiada. Ya no se daba cuenta de los que echaban dinero en nuestra mesa. Llamó a su mecánico. «Telefoee usted a casa en seguida, en seguida. Que venga el mozo de la cuadra y que traiga una cuerda. Pero de prisa.» Al perro seguran dándole patadas, porque no se quitaba de en medio y entorpecía el paso de la gente. «Por favor —pidió a un hombre Cayetana—, coja a ese perro, tráigalo aquí y sujételo un momento hasta que vengan a buscarlo.»

Nadie se dio cuenta de que el mozo de caballos de la duquesa de Alba ataba una cuerda al cuello de aquel perro y lo metía en su coche. Cayetana, tranquila, empezó otra vez a levantarse para poner banderitas y dar las gracias, con la mejor de sus sonrisas, a quien le daba un donativo. Luego me dijo en voz baja. «Pensarán que estoy loca, si se han dado cuenta... Pero me muero de tristeza al ver perros así. Y siempre los mando a un sitio que yo conozco, donde recogen perros abandonados y los cuidan estupendamente...»

En el palacio de Pinto Coelho

En casa de Duarte Pinto Coelho —ese palacio de la calle de don Pedro, en el viejo Madrid— tuvo lugar la tercera de las «veladas musicales» que el gran decorador portugués viene organizando desde hace poco tiempo. Subir esas escaleras, mirar y admirar esos salones decorados con el mejor de los gustos, es siempre un espectáculo. No había demasiada gente. Toda muy seleccionada. El piano estaba sobre un pequeño escenario, en el fondo del salón más grande de la casa. Muchos cuadros modernos, de gran colorido, en las paredes, contrastando con los muebles antiguos españoles. Y velas encendidas. Enormes velas encendidas.

A las doce en punto de la noche guardaron los invitados silencio para escuchar las canciones de Isabel Penagos, acompañada al piano por el maestro Odón Alonso.

Vi a Pilar Primo de Rivera, a la duquesa de Dúrcal, a Antonio Buero Vallejo y a Victorita Rodríguez, su mujer; a Edgar Neville, a la pintora Marisa Roeset, a Antonio Olano, a César González Ruano, a los señores de Ruiz Morales, a Conchita Montes...

Varias señoras llevaban trajes de noche largos, y todos ellos «smoking». Personajes perfectos para un marco lleno de elegancia y de ambiente. Hay que dar a Duarte, una vez más, la enhorabuena. Tiene mucho mérito hacer lo que él está haciendo en Madrid. Tiene mucho mérito ocuparse y preocuparse por lograr un resultado brillante, y conseguirlo. Que sigan estas reuniones musicales en el palacio de la calle de Don Pedro. Me gustaría poderlas «filmar» en color: las flores, las velas encendidas, los muebles, las puertas enormes, los trajes de las señoras... Es un auténtico espectáculo.